

Los Gálvez del Perú

Por JOSE GALVEZ

Artículo especialmente dedicado a la Condesa de Berlanga, española, y a don Manuel Moreyra y Paz Soldán, limeño.

PRIMERA PARTE

Aunque hay algunos otros Gálvez no sólo en nuestro país, sino en diversos de América: Colombia, Cuba, Argentina, Chile, aparte de los de España, voy a ocuparme en los de la rama establecida en Cajamarca, y, posteriormente, en Lima, aunque tengo casi la certidumbre, provengan de común tronco los de Chota, Ayacucho, Huancayo, Ayavaca y Arica. En el interesante libro de Doña Angeles Rubio Argüelles, Condesa de Berlanga, se menciona a los de Macharavalla, en la provincia de Málaga, con raigambre remota. Cayeron en pobreza hasta el encumbramiento del famoso Don José de Gálvez, Marqués de Sonora, Ministro de Indias de Carlos III, Visitador en México y de sus parientes cercanos don Bernardo, Conde de Gálvez, con quien hizo sus primeras armas el Precursor Miranda; don Matias, el Virrey ajedrecista de México; don Miguel, y aquella célebre por su cultura y caridad, entroncada con los Príncipes del Valzo en Italia, cuyos herederos trataron como a deudo a don Pedro Gálvez Egúsquiza, Plenipotenciario en casi todas las Naciones de Europa, y especialmente, en Francia, después de haberlo sido en Centro-América, donde laboró por la unidad del Continente, como asimismo en Nueva Granada y en Venezuela. Estuvo en Italia para el Concordato y recibió valiosos obsequios del Vaticano y de los principescos del Valzo, cuyos descendientes preguntaron a don José de la Riva Agüero y Osma si había aún Gálvez en el Perú.

El primero de la misma estirpe, nacido en Macharavialla, fué don Francisco Pascual González de Gálvez, casado en Lima con doña María de Paz y Montero de Aguila, hija de don Damián de Paz y de doña María Ignacia Montero del Aguila, según partidas de bautismo y de matrimonio conservadas en mi poder. Sus hijos: don Francisco, Secretario de la comisión receptora de los Castillos del Callao, murió heroicamente en Tarqui, combate aún no bien esclarecido, con el mando del Cuencano don José de la Mar, y, por cuyo hecho, sublevaronse Gamarra en Piura y Gutiérrez de la Fuente con su división acantonada en Magdalena — hoy Pueblo Libre—. Convocó el último, como Jefe Supremo, a elecciones y resultaron electo él para Vice-Presidente y Gamarra como Presidente.

Asunto éste diverso al del presente ensayo. Otros hijos fueron doña Mercedes, beneficiaria del montepío de su hermano; don José G. Gálvez Paz y don Manuel María G. Gálvez Paz, éste con familia en Chota y Cuzco fueron personajes de importancia.

Don José y don Francisco asistieron al combate de Pichincha, al sitio del Callao y figuraron en las primeras Legislaturas. Don José, casado con doña María Micaela Egúsqüiza y Aristizábal fué uno de los fundadores del Colegio de Ciencias de Cajamarca, cuyo primer Director fué y, luego, el ilustrado don Juan Pío de Burga. Años después el plantel fué nombrado "San Ramón" por lisonjeadora actitud al valeroso y buen aprovechador de ideologías ajenas, el astuto Gran Mariscal Castilla, ya conservador, ya liberal, según marcara la aguja de marear de los primeros y convulsos años de nuestra vida independiente.

Don Francisco González de Gálvez, el antecesor hispano, estuvo en el Alto Perú con su relacionado don Domingo González de la Reguera, más tarde Arzobispo de Lima. Tras breve estada en Santa Cruz de la Sierra, pasó a Lima, donde fué empleado con don Manuel B. Ferreyros —hoy ambos apellidos se han juntado— en la Aduana, y, en busca de salud, fué a Huancayo y a Cajamarca con el cargo de Contador real. Sus hijos abrazaron la causa de la Emancipación y dos de ellos casaron con las damas Egúsqüiza y Aristizábal, ambas con el galardón de la banda del Libertador, así como la mujer de don José Matute, de donde proceden los Sousas, Alzamoras, Bonifaces, Valdez de aquella ciudad de señorial prestancia y de hermosa campiña. Uno de los hijos de don José A. de Egúsqüiza y Mansilla, el más tarde General don José María de Egúsqüiza, casó con una hermana de don Ignacio Ortiz de Zevallos y fueron padres de don Justiniano, muerto en flor de edad, al cual dedicó versos sentimentales el, a la sazón joven, don José Antonio Barrenechea, casado dos veces, primero con doña Amalia Gutiérrez de la Fuente y Subirat, y viudo de ésta, con doña Juana Raygada y Oyarzábal y de la Canal, prima-hemana de la hija de quien pudo ser Marqués de la Real Confianza, de no haberse abolido los nobiliarios títulos. No podía columbrar el gran señor, descendiente de casas reales, uno de los más ilustres Cancilleres de la República, iría una hija de su primer casorio a enlazarse con descendiente de los Egúsquizas, de quienes es retoño —valga la paradoja— el autor de este ensayo, quien al loar a España, cuando no era cuestión de negocio el hacerlo, pudo decir, mezcla de Inca, trovador y hombre libre" en laureado poema juvenil.

Pero tornando a los Gálvez, familia de la cual pudo decir el historiador Jorge Guillermo Leguía, era la de más hermanos Ministros en la República, porque don Pedro fué dos veces, Juan Miguel, y el menor, don Manuel María, dos veces también. Don Pedro fué Presidente del Consejo, donde surgió Piérola, como don Manuel Pardo en el formado por don José. Don Juan Miguel, —lo repetiremos más adelante— casó con doña Dominga Velezmoro en Cajamarca. Fué agricultor, e in-

trodujo métodos novísimos, como lo atestigua Raymondi, de cuyo matrimonio fué madrina doña Angela Moreno y Maiz de Gálvez. Juan Miguel nacido en 1816, tuvo fama, como su señor abuelo, de poseer facilidad de palabra, como lo relatara el doctor Valera. Según éste solían ir los estudiantes y el pueblo, a casa de los Gálvez, si ocurría asunto importante a pedir hablara. Por epístolas, en mi poder, de don Francisco González de Gálvez, se advierte cultura superior a la época. Cita a filósofos griegos. Conservó vinculación íntima con los del Valle, sus relacionados, porque solían sus hijos, don José y don Francisco, alojarse en mansión de esta linajuda familia, oriunda, como los Gálvez, de Macharavialla. Hay una terminada en versos fáciles suscrita por todos los Valle a don José. Tuve y obsequié a mi tío don Manuel Cacho Gálvez, la misiva del señor Cacho Tuesta, en la cual pedía la mano de doña Apolinaria Gálvez Egúsqüiza. Tal vez la posea doña Carmela Cacho de Turpeaud. Don Manuel casó primero con su prima doña Delia Sousa Matute y en segundo matrimonio con doña Matilde Rodríguez. Descendiente directo y legítimo, por materna línea fué don Julio Cacho Gálvez, Diputado a Congreso, hijo de don Ricardo Cacho Gálvez y de doña Carolina Gálvez Velezmoro. Don Juan Miguel fué varias veces Prefecto, Diputado, Senador y Ministro de Estado.

Reproduzco, a continuación, el artículo editorial de "El Comercio" del 1º de Mayo de 1873, así como las frases de don Manuel Pardo al poner la primera base del monumento al 2 de Mayo. También reproduzco los artículos de "La Voz de América" de Nueva York y la oración fúnebre del Protonotario apostólico, Monseñor José Ignacio Eyzaquirre. Deliberadamente respeto la ortografía reinante, no sólo por razón de fidelidad, sino para mostrar cuán errados estuvieron quienes achacaron a estudiantes del año 40 del siglo pasado "faltas garrafales de ortografía". Advertí la evolución en tal modalidad a Jorge G. Leguía, pero por olvido, dejó la nota, conservada sin guardar fueros de cultura, por quienes la publicaron, a la muerte del entusiasta joven historiador, cuando aún se esperaba mucho de su talento.

También viene a cuento —en este caso historia— el Programa de *Derecho Correccional*. El destierro de don José Gálvez, a raíz de enérgica intervención de los diplomáticos, reunidos por el Ministro Astaburuaga, fué causa de no haber podido influir con sus ideas en la conformación del Código Penal. Sería redundante, por estar publicados, insertar los trabajos de Leguía, Mostajo, Dávalos, Roca y Boloña, una de las luminarias de la Cátedra Metropolitana de Lima. En *Mercurio Peruano*, en el folleto de Leguía, pueden verificar los datos quienes los quisieran. También han visto la luz pública la autobiografía de Palma, su Epistolario y el de don Luis Benjamín Cisneros, en carta dirigida a su cuñado don José Casimiro Ulloa, expresándole su adhesión al proyecto de Vicuña Mackenna para elevar, por suscripción de los pueblos hispano-americanos, una estatua en Washington a don José Gálvez. Por su carácter

arrebataudamente romántico y por ser escrita por Juan de Arona, el insigne satírico y varón cultérrimo, reproducimos la poco difundida carta de pésame al Coronel Prado. Va enseguida:

De JUAN DE ARONA (*Paz-Soldán y Unanue*):

PESAME AL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

En la muerte del Ministro de la Guerra, Coronel, D. José Gálvez, acaecida en el Combate del Callao, el 2 de Mayo de 1866.

A las pocas horas, a los pocos momentos del combate, corría en Lima la voz de que el Secretario de Estado en el Despacho de Guerra y Marina *había desaparecido*. Esta noticia era comunicada por el cordón de gente, que casi sin interrupción, se extendía a lo largo de los rieles desde las primeras calles del Callao hasta la plaza principal de Lima. Era un telégrafo vivo lleno de movimiento y rumores aunque con la notable desventaja de transmitir las noticias profundamente adulteradas. Así, todas las que se supieron por su conducto fueron desmentidas o modificadas pocas horas después del combate.

Sólo la relativa a la desaparición del Ministro subsistía en toda su formidable realidad. Ya en el mero hecho de no parecer en ninguna parte el que por todas partes aparecía dominando los peligros, veía el público una prueba inequívoca de que la muerte había paralizado sus movimientos. Una parte de los proyectiles acumulados en la Torre de la Merced y destinados al enemigo, había hecho explosión despidiendo lejos de sí, a Don José Galvez y al Comandante de ingenieros neogranadino D. Cornelio Borda, tan ferviente y abnegado en el servicio de una patria que no era la suya, desde que se inició la cuestión española en 14 de Abril del 64. Ambos habían sido lanzados en los aires como si la tierra al expulsarlos de su seno hubiera querido señalarles de un modo material y mezquino, el glorioso camino de los cielos que sus espíritus iban a recorrer.

Eran las once de la noche, y todas las víctimas del combate habían descendido envueltas en su sudario a buscar abrigo y descanso eterno en el regazo de la tierra. Sólo los restos del malogrado Coronel yacen, quien sabe donde, atormentados por la intemperie.

La losa de su sepulcro, que parece reclamarlo con ansiedad, aun se mantiene abierta en Lima; y es ya seguro que los amigos y deudos de la ilustre víctima no tendrán el consuelo de cerrarla sobre su cadáver, y sellarla con el beso de despedida. Las lisonjeras ceremonias que el cristianismo acumula sobre las tumbas que se cierran, no tendrán lugar sobre los manes ausentes del gran hombre del Perú. Sus miembros, dispersos y destrozados, tienen tal vez por sepultura el Océano. La viuda no tendrá un sitio sagrado donde reclinarse a llorar por el esposo, ni un monumento cierto que señalar a la devoción de sus hijos.

La destrucción del Callao que desde el principio pareció tolerable en vista del gran desagravio nacional que esa destrucción significaría, es hoy una violenta necesidad. No es posible que el movimiento y la prosperidad vuelvan a apoderarse del sitio que la guerra les había disputado momentáneamente, cuando en tan corto intervalo ese sitio ha sido manchado por la sangre de tanta ilustre víctima, y ha servido de teatro a tanto drama doloroso y sangriento. El pié de los transeuntes podría desenterrar alguna reliquia santa, algun fragmento humano fresco todavía, palpitante quizá, que se estremecería al sentirse hollado. Ese lugar debe ser purificado por el fuego. Las llamas devorando al Callao son los únicos fumerales que la República puede aceptar como legítimos en la muerte de su malogrado Ministro.

La pira está lista, llegue el incendiario y cumpla su ministerio.

El Perú, el país de los candidatos, acaba de perder la única esperanza que le quedaba. Las ráfagas asoladoras de los cañones enemigos se lo han llevado, cuando como simple soldado combatía al pie de los de su patria. El Jefe Supremo de la República se encuentra solo.

Su Secretario, su amigo, su compañero lo ha abandonado. Alejandro ha perdido e Efestión; y entre las notables cabezas que lo rodean, ninguna se sobrepone lo bastante para llenar dignamente el puesto que Galvez deja vacante con su trágica muerte. El Coronel Prado es en el día el único caudillo, el único candidato del Perú. El solo reasume toda la atención, todas las simpatías; pero también se halla bajo el peso de los compromisos; y en los futuros acuerdos de su gabinete no mirará junto a sí, al militar, al hombre de Estado, al jurisperito, al Cesar de la Asamblea. En tan angustiosa situación, la Capital de la República se apresura a enviar un pésame al Jefe Supremo, y a acompañarlo en sus sollozos.

Lima, Mayo 3 de 1866. (1)

DON JOSE GALVEZ

I

Con la Dictadura nació una nueva época para el Perú y para la América; y siendo tan corto el espacio de tiempo que nos separa del día en que rompimos con el pasado, hay ya un abismo, que parece la obra por lo ménos de medio siglo, entre la historia y los hombres de ayer y la historia y los hombres de hoy.

De enmedio de la conmoción social que produce el movimiento de la reforma, y bajo la influencia del patriotismo que con mas violencia hace arder la presencia del enemigo extranjero, surge como lázaro resucitado el espíritu de 1821 y prepara nuevas glorias a la patria y la inmortalidad de nuevos hombres.

Nada falta: ni el entusiasmo que obra milagros, ni el valor que lo sostiene, ni el ejemplo que enseña a los demas el camino de la gloria, y que produce, en medio de la excitacion de los combates, esa abnegacion de la vida, revelacion del deseo de llegar al mas cumplido termino de nuestro destino inmortal.

D. José Galvez cuya vida pública ha sido un completo y no interrumpido triunfo en la opinión de sus conciudadanos, un ejemplo constante de todas las virtudes, y en quien la nacion adivinó, casi desde los primeros momentos, al verdadero representante de sus intereses, fué el hombre elegido por la Providencia, como la victima mas pura, para abrir la nueva era de los sacrificios, reflejando sobre la patria y sobre la América los primeros rayos de gloria que él conquistó con la heroica muerte que ni Bolivar, ni San Martin tuvieron la fortuna de alcanzar.

Preparado por su genio y por su educación á las pacíficas fecundas luchas sociales, la cátedra y la tribuna le asignaron un lugar distinguido. Orador y legislador, hombre de profundas convicciones y de indomable energía, aunque de exterior suave y apacible, Galvez había nacido para la paz, que no para la guerra, Reformador inconstable estaba llamado á dar la vida y no á disponer y dirigir los elementos de la muerte.

La espada que colgó á su cintura y que con tan vivos destellos brilló para imperecedera memoria en la gloriosa jornada del "2 de Mayo", no representaba

(1).—Se insertó en los diarios de la época y la incorporó, también, en el libro del Autor "Cuadros y Episodios Peruanos" editado en la Imprenta de Melchormalo, de J. M. Noriega, en 1867.

sino una época transitoria de su vida. Era preciso hacerse soldado para fijar en el orden interno y en el externo el punto de partida del porvenir, para sentar las bases de la felicidad del Perú; y Galvez, dejando la toga y renunciando a las pacíficas tareas, no vaciló un momento en tomar la dirección de la guerra al frente de un poderoso enemigo y cuando concluída apenas la lucha civil, no habia aun echado raices el órden establecido por el partido triunfante.

La muerte le cerró el paso cuando apenas comenzaba su obra; y por grande que sea la gloria con que ha cubierto á la América, dejándose arrancar la vida al pié mismo del cañón con que hacía fuego sobre el enemigo, y por más cierto que sea que el no podía morir de otro modo, que no podía morir menos gloriosamente, la patria debe llorarlo con lágrimas de sangre, porque en él ha perdido el mas firme sustentáculo de lo presente y la mas lisongera esperanza del porvenir.

Sin aspirar al papel de biógrafos que escritores distinguidos tomaran á su cargo, para elevar tan alto como merece, el nombre de D. José Galvez, cumplenos hoy que la patria honra su memoria pesentar siquiera a grandes rasgos la vida del héroe que lega con su nombre un título de orgullo para la presente generación.

II.

D. José Galvez, hijo lejítimo del señor coronel D. José Galvez Paz y de Da. Maria Micaela Eguzquiza, nació en Cajamarca el 18 de Marzo de 1819, y pasó su infancia en el seno de una numerosa familia, que dió lugar al generoso ensanche de los sentimientos naturalmente afectuosos de su corazón.

Después de haber recibido la instruccion primaria mas completa posible, comenzó sus estudios preparatorios en el colegio general de ciencias de Cajamarca, instalado en 1831 á esfuerzos de su padre, quien como diputado á Congreso primero, y como presidente despues de la junta departamental, facilito la autorizacion y los medios necesarios para crear ese establecimiento del que fueron alumnos fundadores tres de sus hijos.

Concluida en 1836 su educacion preparatoria, con el esmero con que se acostumbraba darse en ese establecimiento, bajo la dirección de uno de los hombres mas prominentes que ha tenido el clero del Perú por su caracter ciencia y virtudes, D. Juan Pio Burga, salió don Jose Galvez a trabajar en una hacienda propia de sus padres, hasta 1842. Aunque nada de notable ocurrió en su vida durante este intervalo, no faltaron ocasiones de que se manifestase el temple de su carácter y la fuerza de sus impresiones. Asi habiendose sublevado el batallón "Fieles" que habia salido de Cajamarca para Trujillo á sostener la Confederacion Peru-Boliviana, y regresao en desórden los soldados que en tales momentos no tenian mas respetos que el muy debil que podian inspirarles los sargentos, pudo contenerseles y evitarse todos los males que habria podido causar en el tránsito, mediante los esfuerzos del coronel D. Juan Miguel Galvez, vigorosamente secundados por el joven D. José.

En 1842 vino á Lima con su hermano D. Pedro para terminar su educacion, é ingresaron con ese fin al colegio de San Carlos, dirigido entónces por el señor Charum, obispo despues del departamento de la Libertad, que quien sucedio el señor Herrera, obispo despues de Arequipa. Allí permaneció consagrado al estudio hasta el ano de 1845 en que salió del colegio. Ya desde aquella época ejercia cierto ascendiente sobre sus compañeros, que reconocian en él las virtudes que mas tarde habrian de hacerlo uno de nuestros mas distinguidos hombres publicos: y habiendo sido uno de los jovenes entusiastas que se presentaron voluntarios para defender la capital en la célebre semana magna, Gálvez obtuvo entre sus colegas el lugar de preferencia.

Habiendose recibido de abogado a principios de 1846 y contraído matrimonio a fines del mismo año con la señorita doña Angela Moreno y Maiz, se estableció en el departamento de Junin, en donde ejercio su profesion, haciendose no solo

de considerable clientela, sino también de sinceros y leales amigos que en diversas épocas de su vida le han probado después una abnegación sin límites.

En 1849 y con motivo de la muerte de su señor padre, el Coronel Gálvez Paz, hizo D. José Gálvez un viaje á Cajamarca y á su regreso se encargó del colegio de Guadalupe, que recibió de su hermano D. Pedro. En ese establecimiento, en donde el rigor y la extensión de los estudios atrajeron una numerosa juventud, que mas tarde habia de prestar, en todas las carreras, importantes servicios a la patria, la alta razón y claro juicio de D. José Galvez tuvieron ocasión de ejercitarse adquiriendo esa filosofía de las ideas y del corazón, que hace del hombre el instrumento abnegado de sus convicciones y de su deber. El colegio de Guadalupe fué, en esa época, el único asilo de las ideas liberales, allí inicio y se alimentó la fuerza que debía equilibrar primero y vencer después la tendencia absorbente de las doctrinas que se sustentaban en el Convictorio. La filosofía, el Derecho Penal, la Legislación y el Derecho público, fueron las materias á cuya enseñanza se dedicó Galvez de preferencia y eran sin duda las mas analogas a sus tendencias.

Desde que D. José Galvez dejó el colegio de Guadalupe, entró a figurar de una manera notable en la política del país, y casi sin transición de ninguna especie pasó de la cátedra a ser el jefe de un partido.

III

Después de largos y revueltos años de guerras civiles, en que se habia desquiciado completamente la sociedad, moral y políticamente, logróse implantar un orden de cosas que parecia poder llegar á reunir todos los elementos deseables de estabilidad. Apesar de todo, la necesidad de una revolución social con que generalmente terminan los desórdenes de aquella especie, se hizo sentir continuamente, y abusos posteriores de la administración determinaron el movimiento.

La época era brillante: á la par se abría el porvenir para la patria y para los que corriesen a prestarle su apoyo. La joven generación de aquella época se lanzó con entusiasmo en el camino revolucionario, y D. José Galvez, la figura mas simpática tal vez indudablemente una de las mas nobles entre las que allí se alzaron, corrió también en busca de su puesto.

La impetuosidad de su carácter lo alejaba en esos momentos de las ocupaciones pacíficas, y viniendo mezquina para su alma la tarea del oficinista, empuñó las armas y secundó al general D. Fermín del Castillo en pronunciamiento de Junín, habiendo obtenido en Huancayo una brillante victoria con ciento setenta ciudadanos armados contra fuerzas veteranas mucho mas considerables. Por efecto de una reacción en Colca, Galvez fué posteriormente hecho preso y desterrado á Chile (1).

La revolución se hacia general mientras tanto en toda la extensión de la república; y aunque sofocada en Ica y Junín habia estallado con múltiple fuerza en los departamentos del Sur. El prisionero de Colca se presentó en el nuevo campamento y se puso á ordenes del gobierno Provisorio. Al principio fué destinado á la Secretaría General, en la que desempeñó con notoria inteligencia el ramo de Gobierno, y obtuvo después, a petición del general Castilla, junto con la clase de teniente coronel que el presidente revolucionario le acordó sin vacilar, el puesto de jefe del estado mayor de la división de vanguardia que comandaba aquel.

Comenzaba entonces la parte mas difícil de la campaña, y se presentaba a

(1).—En aquel tiempo, redactó el primer Decreto de liberación de los esclavos, como consta en diarios de la época y lo reconoce el exaltador de Castilla, don Jorge Dulanto Pinillos, en su libro sobre el Mariscal. El autor de este ensayo, hecho con el fin de rectificar errores históricos, escribió, alguna vez, siguiendo a quienes se afanan en crear "el mito de Castilla"; pero ahora deja esclarecida la cuestión. El propio y grande don Ricardo Palma, no obstante haber reaccionado contra Castilla en 1860, incurrió en tal error, en versos resonantes. La verdad es otra.

cada instante obstáculos al parecer insuperables y que era de vital urgencia remover con acierto. Galvez contribuyó á salvarlos en gran parte con esa constancia infatigable y esa energía á prueba de los mayores contrastes que comunica la fe y retempla el espíritu, de los que siguen idéntica suerte.

Tratando familiarmente al soldado, y con consideracion y franqueza á todo el mundo, pudo adquirirse el prestigio que los viejos militares no alcanzan sino despues de largos años de campamento. Su valor probado en todas ocasiones, y muy especialmente en el punto llamado de Pachacayo, donde con algunas compañías sostuvo un brillante hecho de armas, recibio la mas espléndida confirmacion en la batalla de la Palma. Allí, como comandante general de una division, por haber sido puesto el jefe fuera de combate, hizo una de las operaciones mas decisivas para el resultado final, saliendo al encuentro del enemigo que marchaba sobre él, tomando prisionero al jefe y dispersando su fuerza. Las balas enemigas vinieron á estrellarse contra la pistola que tenia en la mano y contra su montura, y atravesaron su vestido; pero él felizmente quedó ileso. Mas gloriosa muerte que la que puede caber en un combate entre hermanos le deparaba la Providencia.

En enero de 1855, concluida la campaña, devolvió inmediatamente á la nacion la espada que se le habia confiado, renunciando con exigencia su clase militar y el ascenso que habia sabido merecer. Tal desprendimiento en un pais en que el militarismo lo habia absorbido todo, enseñoreándose con su cortejo de desmanes de los destinos de la Patria, desprendimiento no tuvo por esta misma razon numerosos imitadores, es uno de los titulos de honor del hombre por quien muy pronto vestirá de luto la nacion entera, prueba con evidencia que Galvez aspiraba sólo á la satisfaccion del deber cumplido, y que jamás una mira mezquina entró como parte á determinar sus acciones.

La parte militar, si bien penosa pero relativamente fácil de la revolucion, habia concluido. Era en los gabinetes de gobierno, en los salones de las asambleas en donde debia tener cumplido término.

El partido que representaba los errores y los vicios del pasado habia sucumbido en los campos de batalla; pero aquellos habian quedado en pié como desafiando el poder de los vencedores y como quien confiaba encontrar entre estos mismos esforzados paladines.

Las reformas que en todo órden se acometieron entonces llevaron á don Jose Gálvez al Colegio de San Carlos que debia recibir de él el impulso de que habia menester. Nombrado Rector del Ilustre Convictorio, puso todo su empeño en el arreglo de su administracion, y en la reforma de su enseñanza. Las doctrinas profesadas en el Colegio de Guadalupe tuvieron entonces un vasto campo para cultivarse y estenderse en el país, y data desde aquella época el cambio que reacciones posteriores no pudieron desbaratar sino en parte.

En ese mismo año: Gálvez fué elegido diputado á la Convencion Nacional por las provincias de Pasco y Cajamarca, y habiendose reconcentrado en este cuerpo toda la vida social, porque en él se iban á echar los cimientos que un porvenir que tan halagüeño se presentaba, consagró toda su atencion á sus nuevos trabajos de legislador, y hubo de renunciar mas tarde con este motivo el Rectorado de San Carlos.

Con la Convención Nacional comenzo una de las mas brillantes epopeyas de nuestra historia contemporánea, una época fecunda en situaciones difíciles, que don José Gálvez supo atravesar con tanta honra suya como servicio á su Patria. Con clara razón, con profundas convicciones y con perfecta imparcialidad, su palabra llevó siempre el sello de esa provechosa elocuencia que expone la verdad é inspira la fé; y a tan sobresaliente dotes de orador se añadia la constancia del hombre que tiene una noble mira en el extremo de todos sus propósitos y que impertérrito camina hacia él, sin escuchar fatiga, sin desviarse por ninguna tentacion, sin desalentarse por ningún desengaño.

Los primeros síntomas de reacción política, robustecidos posteriormente, encendieron el alma del ilustre reformador revolucionario y su palabra justiciera e inflexible resonó atronadora en el recinto de las sesiones. La situación creada por el movimiento popular era para él, y para cualquiera que pesase las cosas con madurez, una situación real, que era preciso aceptar, tal como estaba sino quería perderse el fruto de tanta sangre y de tanto sacrificio. Ceder un pun era inutilizarlo todo, era aplazar las cosas para un tiempo quizá remoto; era declarar vencido al partido vencedor, es decir, a la Nación entera. Cualquiera cosa que sobre este se hiciese había de ser trémula y quebradiza, sin fuerza en el fondo y sin verdad en la forma. ¿Qué más espléndida confirmación de esas verdades que los últimos sucesos interiores de la República?

Los que conocieron a Gálvez, los que pudieron penetrar hasta lo íntimo de su corazón saben muy bien que en él no hubo odio sino para el vicio y el crimen, y que ni para el premio ni para el castigo miró jamás a la persona, ni se dejó arrastrar de pasiones, que su alma generosa era incapaz de abrigar.

Procediendo así, y habiendo ocupado como revolucionario el puesto que los jefes del partido vencedor habían abandonado á impulsos de la reacción que con mas ó menos fuerza había obrado en sus ánimos, logró inspirar en el de sus colegas aquella noble confianza que hace muchas veces comun la dirección de uno solo con la dirección de los otros y que inspira en las asambleas esos votos de íntima solidaridad que hacen de un hombre un poder. A esa confianza debido el alto honor de presidir con repetición casi indefectible uno de los cuerpos de organización mas independiente que ha habido entre los congresos del Peru.

Cerradas violentamente las sesiones de la Convencion, á pesar de las vivas protestas de sus miembros y de las muy especiales del diputado por Pasco, volvió el Dr. Gálvez al ejercicio de su profesion, habiendo merecido antes de sus colegas ser considerado en una de las primeras comisiones encargadas de formular los Códigos Penales.

Con ocasion de los sucesos del 23 de Noviembre de 1860, dejó el Perú y fué á Europa en donde con incesante actividad y con ejemplar sencillez de su vida, pudo con escasos medios viajar por Francia, Italia, Suiza, Alemania, Bélgica, España é Inglaterra. Pasó después a Estados Unidos en donde el interesante espectáculo de la guerra intestina, que entonces se iniciaba, atrajo profundamente su atención. En partes lo guió un espíritu de observacion imparcial y pudo con claro discernimiento hacer estudios útiles de que habria aprobechado (sic) en bien de su Patria. El órden administrado fué objeto predilecto de su estudio, comprendiendo sin duda cuan noble completamente es para un pais de nobles aspiraciones y de gran porvenir el poder emplear con tino y esperiencia los medios con que la naturaleza le ha enriquecido.

En Suiza andaba con el baston del viajero explorador, y hacia escursiones de muchas leguas, conversando familiarmente con su guia y contemplando con gusto que su sencillo compañero unia á la educacion física el desarrollo del espíritu y del corazón: hacer de nuestro indio un paisano suizo habria sido su ideal.

De regreso de su viaje continuo en el ejercicio del foro, y empezaba á consagrarse á la defensa con aquella conciencia de estudio y con aquella amplitud de trabajo que habia visto desarrollarse ante los tribunales admirablemente sistemados de Francia y Bélgica, cuando los sucesos por siempre nefastos del 14 de Abril, vinieron á sobre-existir su patriotismo y á ponerlo, sino de un modo político, de un modo social al menos, como uno de los elementos mas importantes, y acaso necesario, de la situacion.

El tratado de 27 de Enero de 1865 produjo la revolucion, que despues de los cambios de que todos hemos sido testigos fundó la Dictadura, que debe su nacimiento en gran parte á la energia de Gálvez y á su incontrastable voluntad.

IV

Dos fueron los objetos que tuvo en mira realizar la Dictadura: la guerra pronta y eficaz contra el enemigo extranjero, y la reforma de la administracion. Cualquiera que sea el valor que se dé a las cosas, no cabe duda de que sobre el Secretario de la Guerra recayó desde luego la mas pesada carga del doble fin que aquella se propuso. Don José Gálvez aceptó ese puesto con entusiasmo; y con constancia sin igual, sin desalentarse un solo instante, sin descanzar jamás, llevó á cabo todas las obras que son hoy el baluarte de nuestra honra, que él bautizó con su sangre, y que seran hasta las mas remotas generacines, como el Condorcunca, monumento perdurable de nuestra gloria.

Habia en el fondo de la agitacion con que se movia en cumplimiento de los deberes que se impulso, una especie de instinto que le hacia reconcentrar todas sus fuerzas en la defensa del Callao.

Corriendo por todas partes, viéndolo y examinándolo todo, estudiando lo que ignoraba, haciendo ensayos repetidos, el Secretario de Guerra se multiplicaba de mil maneras, y antes de tener el enemigo al frente, su vida era ya la del soldado en campaña.

Cuando la flota española se presentó en las aguas del Callao, despues del bombardeo de Valparaiso, quedaron cumplidos los votos de su corazon; y redoblando su actividad y su vijilancia é inspirandoen todos la confianza quedebe preceder á los combates, se preparó él mismo "para dar un dia de gloria á su Patria y á la América, si los enemigos se empeñaban en un combate cabal con las fortalezas.

Amaneció el 2 de Mayo y todo estaba dispuesto para la lucha: cada hombre estaba en su puesto: el pabellon bicolor flameaba silencioso cobijando con su sombra á nuestros artilleros: al bullicio que el entusiasmo popular habia producido en los dias anteriores, habia sucedido cierto reconoimiento natural en momentos tan solemnes.

Don José Gálvez estaba sereno, como lo hemos visto siempre en todas las épocas de su vida. Cuando le anunciaron que la escuadra española comenzaba á moverse sobre la bahia, recibio tal noticia sin que notasemos la mas leve alteracion en su semblante. Concluyó sin impaciencia un trabajo de bufete que tenia comenzado: montó á caballo en seguida, diciendo que iba á recorrer las baterias del Norte y que antes de que los españoles se hubiesen puesto á tito estaria en las del Sur para disparar el primer cañonazo en la torre de la Merced, segun antes le habia ofrecido.

La torre de la Merced era el sueño constante de Gálvez: tenia por esta fortificacion una predoleccion inexplicable, y asi el destino desde mucho tiempo antes lo arrastraba á morir en ella.

La escuadra española seguia avanzando, y á pesar de la inminencia del peligro y de la inmensa desigualdad de las fuerzas, no hubo corazon peruano que no se conservase entero y brioso en ese supremo instante.

Los enemigos entraron al fin al radio de nuestros fuegos, y se acercaron tanto que con la simple vista se distinguia con toda claridad los movimientos de abordó. Nuestros artilleros, sin embargo, permanecieron ociosos: jamas se llevó la serenidad en la pelea á tan temerario extremo. No aprovechar sobre el enemigo la única ventaja de nuestros elementos, el mayor alcance de nuestros cañones era manifestarle, á él que pensaba anonadarnos con solo el aparato de su fuerza, que nos sobraba el ánimo para esperar a pie firme la primera, aterradora andanada de sus trescientos cañones.

Los fuegos ya no podian tardar en romperse sino uno ó dos minutos mas: las naves españolas que en esos momentos cesaron de avanzar, hicieron, á lo que parecia, sus últimos movimientos. El Secretario de la Guerra llegó en ese instante á la torre: habia atravesado á escape la pampa que separa las primeras baterias del

Sur de la torre de la Merced y venia á ocupar el puesto que él se habia señalado, despues de haber infundido por última vez la confianza, que él mismo abrigaba, en todos los defensores de la Patria.

Los artilleros lo recibieron con un viva, y él dejando con ligereza el caballo saltó sobre la torre con semblante risueño y satisfecho y se dispuso á hacer fuego. Enrique Montes estaba junto a él y le hacia indicaciones sobre la posicion de los buques enemigos y sobre el probable ataque que empenneria sobre la torre. Borda parada sobre el ultimo piso de ésta, puesto de blanco á los fuegos contrarios, examinaba con el antejo, y con pasmosa serenidad hacia en esa posicion sus calculos y sus observaciones.

Pocos momentos despues se rompieron los fuegos y centenares de proyectiles españoles pasaron zumbando por sobre la cabeza de nuestros artilleros. Dos vinieron á estrellarse contra el blindaje. El fuego de la torre era lento, pero produjo efecto: al segundo disparo respondió un hurra general: la "Numancia", la formidable "Numancia" acababa de ser herida. A los cuarenta minutos más ó menos, trescientas balas enemigas habian cruzado ya sin causar daño alguno, y los servidores de la torre habian acabado por reirse del zumbido que se repetia en los aires, sin pensar que era ese el mensaje de la muerte.

Se estaba cargando un cañón, y todo el mundo se hallaba en su puesto. Se dió una voz y todos se purieron á maniobrar en silencio, como si se hubiese querido hacer mas solemne lo que iba á pasar.

Treinta segundos despues, un espantoso estrépito semejante para los que allí estaban á un desquiciamiento universal asordó el espacio, se inflamó la atmósfera consumiéndose cuanto se halló en el radio de las llamas, y en un punto, el lugar en que tantos corazones abnegados se hallaban reunidos en defensa de la Patria quedó convertido en horroroso cementerio. Una bomba enemiga ú otro accidente —¡quién podrá dar cuenta de ello?— habia inflamado cantidad de una pólvora y determinado la explosion.

Los que lograron salvar por estar en los sub-terranos salieron espantados y huyeron, no de las balas enemigas cuyo furor desafiaban al atravesar la peligrosa senda que los separaba de los demás: y los que aun pudieron examinar en ese mismo instante el extrago de la explosion, vieron lo que la pluma se resiste á describir, lo que paraliza la palabra en la lengua.

Jamas tan horrendo espectáculo se habia presentado á la imaginacion en los delirios de la fiebre.

Allí concluyó sus dias el Secretario de la Guerra: con tan solemne estrépito fué anunciada su muerte á los dos combatientes; y la tragedia que allí representó la suerte, hizo aun mas grande el sacrificio de la víctima.

Los cañones peruanos seguian mientras tanto haciendo fuego sobre las naves enemigas, como el mejor honor que podian hacer á los manes del ilustre difunto.

V

Si grande fue en vida la figura de Gálvez por la fama de sus virtudes, lo es aun mas despues de la muerte, por la grandiosidad de su sacrificio.

Sobre la estatua que la Nacion agradecida levante á su memoria, iran á inspirarse las generaciones y á aprender de la historia de Gálvez la práctica de todas las virtudes, que se reunieron en él formando el modelo mas acabado entre todos los que puede presentar la América sacandolos de los antiguos y los modernos tiempos.

Tan grande como Bolivar por la constancia, como La-Mar por la honradez, como Portales por el espíritu reformador y por la incontrastable energia, como cualquiera de nuestros mas distinguidos capitanes por el valor, y mas grande que todos ellos por sus virtudes privadas, por la envidiable pureza de su alma. D. José Gálvez, es ciertamente uno de los hombres mas dignos de ser immortalizados.

Dio á su Patria todo lo que tenia que darle: su tranquilidad primero y su vida despues.

El gobierno ha honrado su memoria decretándole un monumento, estendiendo una mano generosa á su desolada familia, viva y sagrada reliquia del martir, y acordándole otras distinciones. Pero no debe olvidarse que la mejor manera de honrar la memoria de los muertos es seguir las huellas que nos dejaron trazadas. Así, "á nosotros que somos tu casa —diremos repitiendo al historiador latino— levántanos del deseo enfermo y llanto mujeril á la contemplacion de tus virtudes, para que con admiracion y loores inmortales te honramos, y si la naturaleza nos diere fuerzas para ello, te imitemos: que cuanto amamos y veneramos en tí queda y quedara en el ánimo de los hombres y en la eternidad de los tiempos con la fama de las cosas" (2).

PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO DOS DE MAYO

Discurso del Presidente Constitucional de la República, D. Manuel Pardo.

Extractado y casi desnudo presentamos el discurso que improvisadamente el ciudadano Presidente dijo: Helo aquí poco mas ó menos:

Señores:

Unidos todos nuestros corazones en el culto mas puro del patriotismo, pedimos sus bendiciones á la Iglesia, para cimentar este monumento, símbolo de gloria, de satisfaccion y de esperanzas.

El Perú habria sido una nacion enfermiza y débil, á la que la accion del 2 de Mayo vino á regenerar y á poner en el sendero del progreso.

El 2 de Mayo es ante todo una época histórica, en la que se reveló toda la virilidad del Perú.

Hoy conmemoramos esa época, pidiendo, no solo sus bendiciones á la Iglesia, sino también sus inspiraciones á la Patria.

La guardia nacional ayer; la regeneracion política del pais, que entraña la heroica accion del 2 de Mayo, que conmemoramos hoy al poner la primera piedra del monumento que immortalizará su memoria; la implantación de la Municipalidad mañana: he allí las ofrendas: he allí las conquistas realizadas, por la concordia de todos.

Que la sombra de José Gálvez nos inspire al pie de este monumento para realizer el bien de la Patria!

Este discurso verdaderamente inspirado por la solemnidad del acto y por las fuertes emociones que manifestaba experimentar el Presidente, causó profunda impresion en los oyentes, que oian esas palabras salidas con naturalidad del corazon del orador.

¿Por qué no consigna la conmocion extraordinaria de que este se hallaba poseido?

Sus ojos se llanaron de lágrimas, mas elocuentes y mas significativas, que las frases brillantes que brotaron de sus labios.

Cuando concluyó, los aplausos resonaron juntamente con los acentos del himno

(2).—Editorial de "El Comercio" de 1º de mayo de 1873.

nacional, que una banda del ejército, situada á las inmediaciones se puso á tocar. Al mismo tiempo se dispararon veintiun cañonazos, por las baterías de uno de los cuerpos de Artillería que formo cerca del lugar. (1)

De "La Voz de América", New York, 23 de Mayo de 1866:

JOSE GALVEZ!

Una sombra ha cubierto la fúljida luz de la victoria; un dolor ha apagado el alborozo de nuestros corazones. JOSE GALVEZ, el probo e immaculado patriota; el caudillo i el maestro de la juventud que hoi es un porvenir; el valeroso soldado de todas las revoluciones que han tenido una idea, una reparación, un deber; el obrero infatigable en fin de esta guerra improvisada i heróica, ha caido al pié de los cañones, que él mismo levantó, i cuya primera bala acaso habia disparado su esforzado brazo.

JOSE GALVEZ ha perecido con la muerte de los héroes, pero no fué el fuego del enemigo el que arrebató su alma, q^{ue} esas balas manchadas con un cobarde crimen no pueden quitar vidas de valientes, que esos proyectiles que incendian pueblos i matan niños no pueden matar a los héroes! GALVEZ murió víctima sublime de su deber de americano. Como Ministro de la Guerra del Perú, su puesto no estaba en las trincheras. Pero como peruano, como soldado de la causa de la América, habia elejido el sitio en que cayera, i en el que el bronce deberá consagrar en breve su gloria i su virtud.

JOSE GALVEZ era un orgullo para su patria. Ningun nombre lució mas puro que el suyo. Ninguna figura se levantó mas alto. El noble Prado era su jemelo en mérito, i sus dos espíritus serán siempre los que brillen mas radiosos en los horizontes de la posteridad.

GALVEZ era la idea, Prado el alma. GALVEZ era la palabra, la inspiracion, Prado el brazo heróico, la espada de la rejeneracion de su patria i del castigo de sus enemigos. La América les debe eterna gratitud, i el Perú nu monumento de gloria que confunda en una sola ofrenda la tumba del héroe que ha caido i la mision sublime que cabe al campo que se levanta.

No nos proponemos hon escribir la vida de GALVEZ. No hai ni tiempo, ni calma, ni debe hacerse aprisa el bosquejo de una vida tan bella i tan completa. Nuestra amistad, que fué mui cierta i mui pura, le debe otro jénero de tributo, i este algun dia no lejano ha de recibirlo. (2)

De "La Voz de América", Nueva York, Junio 11 de 1866:

JOSE GALVEZ

I.

Hoi ha atravesado las calles empevesadas de la capital el convoi fúnebre que conducia los restos del malogrado Secretario de Guerra, Coronel Dr. D. JOSE GALVEZ, muerto heróicamente al pié de una de las baterías del Callao, en el glorioso combate del 2 DE MAYO.

(1).—"El Comercio" del sábado 3 de Mayo de 1873.

(2).—Suplemento segundo al N^o 16 de "La Voz de América". Nueva York, Mayo 23 de 1866.

¡Sublime contraste! Las banderas izadas en todos los edificios de esta hermosa ciudad; el viento de la victoria desplegando los colores nacionales; el cristal del cielo reflejando la imájen de un pueblo embriagado por el mas glorioso triunfo i un carro mortuorio, al compás de una marcha lúgubre, seguido por oleadas del pueblo, conduciendo los despojos de una de las mas esclarecidas víctimas de esa jornada. La víctima era digna de la ovacion i de su muerte. El astro de tan gran victoria tenía un digno eclipse. No sería completo el triunfo del Perú si en su historia, al rayar la aurora del DOS DE MAYO, no se proyectase sobre su cielo la pálida sombra de JOSE GALVEZ, el héroe de ese dia.

II.

¿Quién era José Galvez? Preguntadlo a la jeneracion que hoi está en pié, el arma al brazo, defendiendo la integridad de la América i vibrando en sus lábios la palabra del porvenir del Perú.

Preguntadlo a las bóvedas de la sala del Congreso donde tantas veces resonó su poderoso acento, como anatema terrible del pasado, grito de combate del presente i profecia misteriosa del porvenir.

Preguntadlo al pensamiento, a la conciencia de la juventud, que él ha educado en el santo amor de la democracia i en el constante ejemplo del sacrificio al bien general.

Preguntadlo a los campos de la Palma, donde lució por primera vez su espada de guerrero, señalando el camino del heroísmo i del triunfo.

Preguntadlo a la reciente historia de la campaña de al restauracion, donde despues de haberla servido como ajente de finanzas, vuelve a empuñar la espada que depositó en el altar de la patria, pidiendo en la hora del combate el puesto mas avanzado i peligroso.

Preguntadlo a sus colegas en el Consejo de Gobierno, donde siempre se hacian oír sus ilustradas, patrióticas i desinteresadas inspiraciones.

Preguntadlo a esas fortificaciones, testigos de su heroico sacrificio, donde con la sangre de tanto mártir se ha regado el jérmén de nuestro futuro poderio i se ha lavado la mas humillantes afrenta que la traicion imprimió en la frente de la república.

Preguntadlo, en fin, a todos los que en la república tienen un corazon que late por la patria, a todos los que veis llorar tan cruelísima muerte, i todos, en mudo i elocuente concierto, os dirán que Galvez era el ideal del republicano, la esperanza de la democracia peruana i la garantía del porvenir del Perú.

III

Hubo una época, mui cercana por desgracia, en que a la sombra de la indiferencia de los gobiernos por la enseñanza, se implantó en ella el funesto jérmén de las doctrinas del conservantismo político. En la misma cátedra donde Rodriguez, Pedemonte i Sanchez Carrion enseñaron el dogma de la soberania nacional, que dió por fruto nuestra independendencia, una voz seductora, como la de la serpiente bíblica, osó balbucear la apoteosis de la servidumbre de los pueblos, fulminando un tímido anatema contra el principio tutelar de nuestras instituciones.

La ancianidad patriótica, personificada en los Vijiles i Lazos, aceptó este soberbio reto lanzado a nuestra naciente democracia. Ella sostuvo el combate con calor digno de sus juveniles días. El sofisma político triunfó sin embargo, en sus esfuerzos, i la enseñanza antinacional formó una escuela en el Perú. Esa escuela estableció su reinado sobre todas las inteligencias. Sus dogmas comenzaron a infiltrarse en nuestras instituciones. El torrente amenazaba invadirlo todo, si no se levantaba un dique para detener su poderosa corriente. Ese dique lo colocó la

mano de dos jóvenes, cuya conciencia i cuya inteligencia rechazaron desde el principio la pérfida doctrina. Tales fueron los hermanos Galvez.

Los Galvez, profesores de los ramos del derecho en el colegio de Guadalupe, oponiendo cátedra a cátedra, doctrina a doctrina, fueron los primeros que, resucitando las tradiciones de nuestra enseñanza política, sacaron triunfante el dogma de la soberanía popular. Fué así como José Galvez dió principio a su apostolado político, formando con su enseñanza esa jeneracion que mas tarde debía seguirlo en el teatro de los acontecimientos batallando a su lado, ora en la tribuna, ora en la prensa, ora en los verdaderos campos de batalla.

IV.

En 1854 sonó para el Perú, en el reloj de los tiempos, una hora de rejeneracion. Soldado de esa idea, José Galvez fué uno de los primeros que acudió a su puesto. Allí por primera vez ciñó a su cintura la espada de la revolucion i jefe de una columna de operaciones primero, después del estado mayor de la vanguardia, el ejército libertador lo vió el 5 de enero, sereno en el combate, desplegar la bravura del militar mas aguerrido.

Vencida esa jornada gloriosamente i reunida una Convencion al llamamiento de la revolucion triunfante, José Galvez vino a ella en representacion de tres provincias que le dieron sus unánimes sufragios.

El tribuno habia encontrado al fin su teatro. En posesion de sí mismo, habia llegado para él la hora de poner en ejecucion la doctrina toda del progreso político, tal como la concebía.

Para Galvez, como para los que tenemos el mismo pensamiento político, no hai progreso sin justicia. No se puede caminar adelante sin volver atrás los ojos i segar a raiz todas las injusticias sociales. Hé allí porque, en su ardiente lucha contra los inveterados abusos, el intrépido convencional, encarándose a todos los intereses, a todas las pasiones que se empeñaban en sostenerlos, osó arrostrar la cólera, el odio i hasta las venganzas de los que habian o querian ligar su suerte a esos abusos.

Con la pasion de la justicia, con la inflexibilidad de una conciencia pura, sostenida por una voluntad poderosa, Galvez marchaba siempre derecho a su fin, sin cuidarse de los sordas murmullos o de los aterradores gritos que se levantaban a su rededor.

Cuantas veces lo vimos sólo en la tribuna, dominando con su voz el ronco murmullo de la barra, formular un voto de reprobacion contra alguna transaccion que sacrificaba alguno de los fines de la reforma, o un anatema lanzado por una conciencia desesperada, contra alguna de esas punibles condescendencias con el poder o con la opinion, que acabaron de echar por tierra el prestigio de la Convencion.

Nada arredraba al intrépido reformador. Ni la contradiccion de los amigos, ni el resfrio de sus relaciones con los colegas, ni los ataques de una réplica que sobrepasa los límites de la palabra para dirigirse a la persona, ni los aplausos a sus antagonistas o las rechiflas con que se trataba de ahogar su voz, nada podía conturbar esa voluntad inflexible que parecia desafiar las mismas tempestades.

El espíritu de partido, herido en sus egoistas cálculos, revistió esta noble figura de la tribuna convencional de las formas mas odiosas. Se creyó enajenarle el afecto popular, bautizándolo con un nombre histórico de sinistra significacion. Se le llamó Robespierre.

En José Galvez habian, sin duda, muchas de las eminentes cualidades de este jénio de la mas célebre de las revoluciones políticas.

Habia en él el mismo amor al ideal revolucionario, la misma intuicion de la justicia, el mismo vigor de voluntad; pero mas juicio para discernir los medios i mas amor a la humanidad para sacrificarla en aras de una idea. Los que pudieron

dudarlo alguna vez, han podido convencerse de ello, diez años despues, cuando otra revolucion triunfante lo llevó a las rejiones del poder supremo.

Sanson de esa Constituyente, al sacudimiento de sus robustos brazos, cayó a los pies de la República, el vetusto templo de los grandes vicios políticos, levantándose radiante el gran edificio constitucional que erigió la carta del 56.

V

El 2 de noviembre de 1857, un lejicidio puso fin a la Constituyente, cuya ecistencia habia minado ya sus inconsecuencias.

Galvez, que jamás las sancionó con su voto, fué el primero en protestar contra ese atentado a las nuevas instituciones, cuya suerte estaba decidiéndose en las murallas de Arequipa.

Resignado, despues de su triunfo, a esperar la reparacion de aquel atentado, hubo de contentarse con desempeñar la mision de formar el código penal que la convención le encargó, en union de cuatro jurisconsultos mas. (1).

Reunido el Congreso constitucional de 1858, Galvez, que jamás aceptó otra legalidad que la que debió derivarse de la continuacion de la asamblea del 55, no quiso tener parte en él, reservándose el rol de simple espectador de los acontecimientos, hasta que llegase el momento de restablecer el verdadero réjimen legal.

El 11 de julio de 1859 aplazó este momento indefinidamente; pues léjos de continuar siquiera las apariencias de una legalidad ficticia, se apeló al pueblo para falsificar sus votos i dar un punto de partida a la reaccion, ya triunfante en el terreno de los hechos.

El Congreso de 1860 realizó esa reaccion en los principios. Ese congreso estableció para siempre el divorcio entre Galvez, i el partido que él representaba, i el orden de cosas triunfante.

De allí la desesperada protesta armada de ese partido, en noviembre de 1860, que le valió su proscripcion.

VI

Tras los efímeros gobiernos a que dió orijen la nueva i postiza legalidad, viñeron los acontecimientos del histórico 14 de abril de 1864.

Ante el gran conflicto nacional enmudecieron, desde esa fecha, todas las disidencias, todas las opiniones políticas.

Como todo ciudadano, Galvez corrió ese dia al rededor del gobierno, a ofrecerle su cooperacion para la defensa de la honra i de la independendencia nacional.

Desde entónces ninguno mas asiduo cerca del poder para trabajar en el plan de denfensa i en el acopio de elementos para llevarlo a cabo.

El fué uno de esos ilusos del patriotismo que, durante un mes, creyeron posibles que Pezet quisiese sinceramente salvar el honor de la república.

Sus ilusiones desaparecieron el 24 de mayo, cuando las puertas de las prisiones se abrieron para todos los que, en la caida de un ministerio, pedian la caida de una política contraria a las inspiraciones del patriotismo, que desde ese dia marchó sin embozo al logro de su nefando objeto, *la paz con la España*.

Hubo un ministerio bastante servil, bastante ingrato i bastante desleal para suscribir esa paz. Pero hubo también una nacion, con la suficiente conciencia de sí misma i un caudillo con el sobrado patriotismo para ponerse a su cabeza, a fin de romper esa paz i castigar a los traidores que la compraron al precio del oro i de la sangre del Perú.

Galvez no fué el último de los que corrieron al lado de ese caudillo, que al-

(1).—(Esto fué sólo en parte, porque estuvo desterrado desde 1860 hasta 1863.)

zaba en sus manos el pabellon de la república, que la traicion habia arrastrado a los pies del trono de Isabel II.

VII.

El 6 del último noviembre el ejército resturador hacia su entrada triunfante en esta capital. La abnegacion de su caudillo habia puesto el poder en manos del último representante de la falsa legalidad, a quien ataban las manos para realizar las esperanzas nacionales, las cadenas que se forjara él mismo.

Comprendieronlo así el pueblo i el ejército, i de allí esa invocacion suprema al orden actual de cosas, que se ha conocido ser el único capaz de llevar adelante el programa de la restauracion.

En este orden Gálvez debió ser i fué llamado, en efecto, a ser su mas decidido obrero, i su mas firme sostenedor.

La reparacion de la honra nacional, mediante la guerra declarada a la España, en alianza con Chile i demas repúblicas del Pacífico, debia ser la principal ocupacion del nuevo gobierno:

Para ello, era necesario preparar los elementos de defensa i ataque. A esa tarea se consagró sin descanso el secretario de Guerra.

Las fortificaciones del Callao llamaron de preferencia su atencion.

Cinco meses de constante vijilias las han puesto en estado de consumir la gran victoria que va a llenar de regocijo el corazon de cuatro repúblicas.

I cuando la consumacion de éste hecho glorioso debía serenar la frente del infatigable obrero; cuando él deberia estar de pié, recibiendo el voto de gratitud del Perú i de la América; cuando los laureles del triunfo debian coronar sus sienes, ¡crueldad del destino! el heróico defensor del Callao desaparece al pié de una batería, uniendo su nombre a los recuerdos de tan espléndido hecho de armas!

Tan triste acontecimiento tendió sus sombras sobre los resplandores de tan grande dia, haciendo que nuestros corazones compriman sus placenteros trasportes, para dar expansion a los movimientos del mas justo dolor!

VIII

Mientras que el duelo de la República manifiesta la magnitud de tu pérdida; mientras que todos los ciudadanos se disputan la honra de tributar a tus cenizas el debido homenaje de sus lágrimas; mientras que tu desolada esposa i tus llorosos hijos invocan en vano tu sombra para recibir tus postreras caricias, ¡oh Galvez! tu espíritu inmortal, allá en las rejiones misteriosas del infinito, sonrie sin duda de inefable gozo al contemplar los frutos de tu sacrificio i el de tus demas compañeros.

En tanto, allá, en lo alto de los cielos, sé para nosotros lo que siempre fuistes en vida: el ideal del ciudadano, el constante ejemplo de virtudes cívicas, la leccion continua del presente i la profecía del porvenir.

ORACION FUNEBRE EN HONOR DE LAS VICTIMAS DEL CALLAO, QUE SUCUMBIERON EN LA GLORIOSA JORNADA DEL 2 DE MAYO

Pronunciada en la Iglesia Metropolitana de Santiago, el 15 del corriente, por Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, Protonotario Apostólico *ad instar participantium* i Prelado doméstico de Su Santidad. Con asistencia de S. E. el Presi-

dente de la República, los Ministros de Estado i todas las Corporaciones Civiles, Religiosas i Militares. — *Santiago de Chile*. — Imprenta Nacional, Calle de la Moneda. Núm. 46. — Mayo 17 de 1866. — (Copia de la Portada).— (1).

Señor Don Alvaro Covarrubias. Santiago, Mayo 17 de 1866.

Amigo mui estimado:

Al aceptar el cargo de pronunciar la Oracion fúnebre por las víctimas del Callao, no se me ocultaba lo difícil del compromiso que contraía, en atención a que solo tenia dos días para prepararla. Mas quise mostrar a Ud., que me lo pedia, que sus insinuaciones valen mucho para mí. Ahora que se publica, para rectificar los errores en que abundan las copias hechas a la lijera por los diarios, me tomo la libertad de ofrecerla a Ud. mismo, como testimonio del constante aprecio que hace de Ud.

S. S. S.

J. I. V. EYZAGUIRRE.

Adolescentibus autem exemplum forte reliquam si prompto animo, ac fortiter pro gravissimis ac santissimis legibus honesta morte perfungar.

Dejaré a los jóvenes un ejemplo de fortaleza, si sufriere con ánimo pronto i constante una muerte honrosa en defensa de la lei, las mas grave i la mas santa.

(LIBRO II DE LOS MACABEOS CAP. VI)

¡Grandes de la tierra! Oid la voz de Dios que en presencia de polvo de los sepulcros i en medio del majestuoso aparato de esta lúgubre solemnidad, nos dice: "mía es la vida: mía es la muerte: hago vivir i hago morir; elevo i abato, segun el propósito de mi voluntad". —I a la verdad, católicos, nada hai grande delante de nuestra fé fuera de Dios. Nuestro amor propio, es cierto, se complace en vestir al hombre de ropaje que no le pertenecen i en pronunciar nombres que le son amables, entre recuerdos de una gloria que se disipa como la tierra sacudida por el viento, o se marchita a monera de una flor abrasada por el estío. Empero, dad vosotros un paso adelante i preguntad a las frias cenizas de la tumba ¿qué cosa es la grandeza de este mundo? i ella haciendo oír en el fondo de vuestra conciencia la severa voz de la verdad, os responderá: "que todo hombre es heno, toda su gloria sobre i toda su fortuna lado." ¡Feliz quien alimenta su espíritu con la sávia de esta profunda verdad i busca solo en Dios el fundamento de la sólida i verdadera grandeza!

De este carácter es el espectáculo que nos ofrece el majistrado venerable i

(1).—El N° 317 de Agosto de MCMLIII de *Mercurio Peruano*, trae un artículo muy interesante del Sr. Dr. D. Alberto Wagner de Reyna sobre *La versión oficial de Chile del Dos de Mayo*. En la página 324 de tal número se puede leer lo siguiente, del oficio pasado por don Marcial Martínez al Ministro de R.R.E.E. de Chile señor Covarrubias: "Volviendo a la muerte del señor Gálvez, me bastará decir que es una pérdida que debe ser llorada por todo americano. Yo he visto como ese ciudadano ha trabajado con una constancia igual, desde que tomó la Cartera de Guerra, y no hay exageración en decir que la improvisada fortificación del Callao se le debe a él. Algo semejante y ratificatorio está en la obra de don Rosendo Melo. Por algo se decretó en 1866 y se volvió a confirmar en 1887 pasara revista como si estuviese vivo en la Artillería del Perú".

maestro ilustre de la lei de Moises, que soporta todos los horrores del suplicio i sufre la muerte con fortaleza varonil en defensa de la lei de Dios i de las instituciones de su patria. ¿Qué eran a sus ojos la vida, el honor i la prosperidad de la tierra? Ilustrado por destellos de la inteligencia eterna una sola cosa vé grande esa era la lei, una sola cosa heróica, i esa morir por su defensa. Se encamina por eso intrépido al martirio, diciendo: "dejaré a los jóvenes un ejemplo de fortaleza, si sufriere con ánimo pronto i constante una muerte honrosa en defensa de la lei, la mas grave i la mas santa." *Adolescentibus autem exemplum forte reliquam si prompto ánimo, ac fortiter pro gravissimis ac santissimis legibus honesta morte perfungar.*

Ese ciudadano que, ardiendo en amor a la patria, defiende con valor sus venerables instituciones; ese majistrado que estiende su celo mas allá del tiempo presente, i rinde su vida por legarlas sin mengua a las jeneraciones venideras, ved ahí, ved ahí, repito, al varon a quien la voz de Dios llama grande en las Santas Escrituras.

Al hombre, señores, juzgado tan solo por lo esterno i superficial de sus obras, ordinariamente se le encuentra pequeño i colocado a infinita distancia de la grandeza sólida e imperecedera. Por eso, para conocer al héroe, necesitamos elevar nuestro espíritu sobre nosotros mismos, estudiarlo mas allá de lo que palpamos, i juzgar el motivo de sus acciones a la luz clara e inefable que arroja la fé sobre el fondo de nuestra conciencia. Guiado yo por esa luz divina, llamo héroes a los que han muerto en el Callao en la memorable jornada del 2 del presente mes. ¡Grandeza mundana, teneis vuestro límite! Elevais, pero vuestro fundamento es movedizo. Pereceis! I la nombradía que concedisteis parece también confundida en la nada.

¡No es de esta clase, católicos, la gloria que se conquistaron los valientes del Callao!

Porque ellos, muriendo por las instituciones pátrias, han erijido un monumento inmortal al verdadero civismo.

Porque con su sangre han marcado el sendero glorioso por donde deben marchar la presente i las futuras jeneraciones de la América.

Ved aquí lo que nuestra fé llama grande en los héroes cristianos i lo que yo, en dos sencillas reflexiones, os propongo como digno de imitar en los valientes por cuyo descanso ofrecemos al Señor este solemne sacrificio.

¡Quiera Dios, en cuyas manos estan los corazones humanos, derramar en el vuestro ese espíritu de valor i fortaleza que exigen la defensa de la justicia i la obediencia a la lei!

Recibid también, vosotros, con induljencia mis palabras, que no formulan por cierto la obra acabada que merece el asunto de que vamos a ocuparnos.

PRIMERA PARTE

Vosotros conoceis, señores, la historia de los dos últimos años que vamos atravesando. Historia bien triste si atendemos a la fuerza que pretende usurpar su imperio a la justicia, a la arrogancia que conculca la lei i a la mas repugnante violencia que trata de humillar a pueblos nobles, educados por la libertad i para la libertad. Tal es la historia de las relaciones de España con el Perú, i luego despues con Chile. Majistrados débiles, colocados a la cabeza de un gobierno trabajado por divisiones intestinas, pareció a los agentes del gabinete de Madrid época a propósito para realizar en el Perú sus planes de humillación i de conquista. I por un momento ¡quién lo creyera, señores! la hermosa república, cuya cabeza coronan las nieves de los Andes i a cuyos pechos se cria el robusto Marañon, se deja contemplar abatida i como aherrojada poniendo sus tesoros a los pies de un soberano es-

tranjero. Mas ese bello Perú no habia muerto: nó, no había muerto! Estaba solamente detenido como el hombre atado con cadenas en una profunda mazmorra.

Ciudadanos ilustres alzan su voz enérgica para protestar contra la deshonra de su patria. Arequipa, la siempre denodada Arequipa, es la primera que se pone de pié para lavar la mancha ignominiosa que España ha pretendido arrojar sobre la hermosa frente del Perú. Una noble figura se levanta de su seno que descuella entre otras muchas. Era un jóven en cuyo espíritu Dios ha colocado el valor i la constancia, que han de salvar la patria. Este hombre de corazon, a quien el Perú no tarda en aclamar su primer majistrado, depositando en sus manos la suma del poder, se rodea de buenos patriotas i de ciudadanos honrados, prontos a sacrificarse gustosos en defensa de la patria ultrajada.

El doctor Gálvez, la víctima mas ilustre entre las del *Dos de mayo*, (1) es el primero en cooperar a esta grande obra que va a dar días de gloria a la América entera. A su cargo se confian los negocios mas importantes i mas delicados en aquella difícil situacion; i vosotros, conciudadanos, le vísteis en esta misma capital trabajar infatigable por reunir elementos que debian preparar el triunfo de las instituciones de su patria. ¿I quién no admiró la regularidad i circunspeccion de sus acciones? ¿I a quién no inflamó el fuego de su amor pátrio? Habia en la palabra del señor Gálvez la elocuencia que revelaba el poder vigoroso de su voluntad i la enerjía sincera de sus convicciones. Estas raras dotes le sirvieron sin duda, para honrar el alto puesto que desempeñaba.

Un numeroso ejército se pone en campaña. Las banderas que triunfaron en Ayacucho i en Junin se ostentan nuevamente evocando sus gloriosos recuerdos. La sombra veneranda de Bolívar parece que abandonase su morada solicitaria para venir a contemplar la restauracion de su obra aniquilada. Días de prueba i de adversidad atraviesan; mas al fin, el Perú triunfa; su honor se salva i su independencia i libertad se afianzan. El 6 de noviembre de 1865, durante largas jeneraciones, será día de recuerdos gloriosos para el Perú.

En esa larga seria de fatigas, de contradicciones, i de prueba, arraigaron los buenos ciudadanos su amor a la República i su respeto profundo a las instituciones de la patria. Dios permite, católicos, ordinariamente la adversidad para templar la virtud en el alma de sus criaturas, haciendo a éstas capaces de realizar obras señaladas.

Los patriotas peruanos aprovechan esta enseñanza. Sobre las ruinas de la administración derrocada elevan el monumento grandioso de la restauracion. Pero de esa restauracion fundada sobre la justicia que eleva a los pueblos i les hace grandes i famosos. No permita Dios que yo manche alguna vez la cátedra de la verdad dejando oír desde ella, palabras que lisonjeen el amor propio de los que administran el poder. Pero haga El mismo que esa justicia que predico, encuentre en mí los encomios que merece. La justicia, señores, brilló en los grandes actos administrativos de los que triunfaron el 6 de noviembre.

Chile sostenida la guerra contra España desde el 24 de setiembre, en que el almirante español se propuso castigar el patriotismo de sus habitantes. Las simpas-

(1).—El señor Gálvez nació en Cajamarca i mui jóven hizo en el colejio de San Carlos de Lima, los estudios relativos a la carrera de abogado, recibiendo el grado de Doctor en jurisprudencia en la Universidad de San Márcos. Mas tarde fué sucesivamente rector del colejio de Guadalupe i del de San Carlos. Trocando la toga por la casaca militar llegó al grado Coronel. Asistió a la batalla de la Palma que derrocó la administracion del jeneral Echenique i a la toma de Lima que puso fin al gobierno de Pezet. En 1855 fué presidente de la convencion peruana. Nombrado ultimamente Ministro de la Guerra por el dictador Prado, hizo ejecutar algunas de las fortificaciones que han triunfado del bombardeo español el 2 de mayo. El señor Gálvez fue hombre valiente, profesó principios liberales su honradez acrisolada encontró mas de una ocasion en que probarse i de su fé católica que conservó, dieron testimonios las señales de piedad que llevaba en su cuerpo i se encontraron sobre su cadáver.

tías de éstos por la causa del Perú, era el verdadero motivo del proceder violento e irregular de la península respecto a Chile. Un jeneral al frente de una poderosa escuadra en el día glorioso de la Nación, intima a ésta recibir de su mano la estigma de ignominia i envilecimiento. Confiaba en las fuerzas de sus naves i en el alcance de sus cañones. Chile, pequeño, i desapercibido, se alza, no obstante, como un solo hombre para rechazar el reto de su enemigo. De los lábios de sus majistrados se desprenden en los momentos mas solemnes del conflicto tan hermosas palabras: —“La República, fortalecida por la justicia de su causa, sostenida por el heroísmo de sus hijos, tomando a Dios por juez, i al mundo civilizado por testigo de la contienda, defenderá su honra i sus fueros hasta el último trance (2)”... Este era el triunfo moral. El formal vendrá despues. Esperemos.—El combate i rendición de la *Covadonga* sobre las aguas del Papudo, no será sino el principio de las victorias de Chile sobre su orgulloso adversario.

El Perú rejenerado no trepida en asociarse a nuestra causa. Sus naves i sus armas, sus soldados i sus marinos, todo viene en nuestro auxilio. No puede ocultarse a sus majistrados que un paso semejante debilita su fuerza interior; i que provocado el poder enemigo convertirá las hermosas poblaciones de su estenso litoral en otros tantos blancos de su ira; pero a la grandeza de la justicia se asocia la magnanimidad de su abnegacion. El pueblo que se conoce a sí mismo sabe hacer prodijios, así como “el que no se conoce ni se estima está próximo a perder su nacionalidad,” i este gran principio les guía para arbitrar nuevos recursos con que reponer aquellos de que se desprenden. Nosotros experimentamos las consecuencias de tanta abnegacion. No necesitamos que las nobles víctimas que sucumbieron en el combate sangriento del *Dos de mayo* se alcen de la tierra i vengan a revelarnos la série de fatigas que su virtud les enseñó a soportar. El Callao armado completamente; el estenso litoral de la República suficientemente resguardado; los intereses de la guerra protegidos por una série de decretos que revela enerjía i prevision.—Ved ahí, señores, cuánto nos prueba con verdadera elocuencia la abnegacion de aquellos soldados ilustres. La Providencia, en sus insondables juicios, parece quisiera dar en tan hermosa conducta una de esas grandes lecciones que forman, segun su palabra, “el corazon de lo pueblos”. Parece que se propusiera recordarnos que la vida del buen ciudadano es vida de dolor i prueba, cuando así lo exigen los intereses de la patria; i en fin, que nuestro amor a ésta mas debe significarse con obras que con vanas palabras.

Empero, aquella abnegación ofrecerá todavía un sacrificio sangriento en las aras de la patria. ¡*Dos de mayo!* Vos lo presenciasteis! Pueblos del Perú! vuestras jeneraciones mas remotas lo recordarán. América toda! es este el noble monumento que se alza en vuestro seno para estimular i fortalecer vuestra virtud.—La escuadra española, despues de bombardear el indefenso pueblo de Valparaiso, se dirige al Callao i el *Dos de mayo* abre los fuegos de sus baterias sobre los heróicos defensores de las instituciones pátrias. ¡Trescientos cañones arrojan sobre éstos mas de siete mil proyectiles! El hermoso cielo del Callao queda oscurecido por el humo de la pólvora. Las aguas claras de la pacífica bahía se enrojecen con la sangre de centenares de cadáveres. No es esta la hora cuando la muerte asesta acá i allá su cruel gudaña; es el brazo enemigo, es e larma española la que busca su víctima i en ella ceba su cruel venganza.

¡Coronel Gálvez!, vos corrísteis a ocupar vuestro puesto en el momento del peligro. La fortaleza de la Estrella fué elejida por nuestro valiente como punto de observar i combatir. Como Ministro de Estado en el Departamento de Guerra, queria por sí mismo estar al cabo de los mas pequeños movimientos del campo ene-

(2).—Nota del señor don Alvaro Covarrúbias, Ministro de Estado en el Departamento del Interior i Relaciones Exteriores, al comandante de la escuadra de S. M. Católica en el Pacífico don Jose Manuel Pareja, a 21 de setiembre de

migo. Como soldado, queria combatir i combatia efectivamente dirijiendo su cañon sobre las naves enemigas. Ni a él ni a sus compañeros nada pudo intimidar. Cincuenta cañones oponen apenas contra trescientos; sus pechos desnudos contra naves blindadas i su enerjía a toda prueba contra la arrogancia presuntuosa de su enemigo. Mas el cristiano en el fondo de su conciencia escrito encuentra por el dedo de Dios "que debe combatir por la justicia hasta la muerte" i nada teme. Su fé le dice que morir por la justicia es ofrecer de su vida un sacrificio heróico que Dios consagra, i espera la muerte pero enmedio de los actos mas denonados de valor.

El señor ministro Gálvez alienta con su intrepidez a sus compañeros, su pericia militar da órdenes oportunas. Su serenidad es el pronóstico de la victoria. Mas ¡oh gran Dios! ni el ilustre guerrero ni muchos de sus compañeros habian de saborear los frutos de este triunfo espléndido. La esplosion de una bomba pone fin a los dias del Ministro en lo mas récio del combate, mientras que otros sucumben bajo los rudos golpes del enemigo. Pero mueren, señores, para vivir vida inmortal; mueren para coronar el eterno monumento que alzaron sus virtudes al verdadero civismo. La justicia, católicos, que les inspiró la defensa de la santa causa de las instituciones pátrias, del honor nacional i de cuanto hai de venerando para el ciudadano; la abnegación mas heróica que le sostuvo en su propósito, ved ahí ese monumento que la América toda contemplará asombrada desde el uno al otro polo.

Los grandes soberanos erijieron desde los siglos remotos suntuosos recuerdos que perpetuasen su memoria. Hasta hoi subsisten las soberbias pirámides que cubren las cenizas de los reyes de Ejipto. Nuestro pensamiento al contemplarlas se eleva hasta aquella remota edad i buscando al personaje que recuerdan, introduce, tantas veces, nuestro espíritu en las rejiones mismas de la eternidad. ¡Que el glorioso monumento, erijido con su muerte por los héroes del Callao, recuerde a la América sus virtudes i estimule a las jeneraciones presentes i futuras a marchar por el glorioso sendero que aquellos nos marcaron!

II

Dios forma el órden del universo i dispone la marcha de los sucesos de tal modo, que el grande i el pequeño, el sábio i el ignorante, encuentren en ellos lecciones provechosas.

Tan pronto habla al soberano para humillar su altivez, como al abatido mendigo para alentar su esperanza. Tan pronto condena la ignorante presunción del sábio, como pone al alcance del humilde los tesoros de su insondable intelijencia. ¡Dichoso el hombre que atiende aquella voz i sabe aprovecharla!—Traicionaria, católicos, el deber que me impone el sagrado ministerio que desempeño, si no os dijese con sinceridad que, en el sacrificio de los héroes del Callao, marca la mano de Dios a las jeneraciones de América, el sendero glorioso por donde han de marchar constantemente. Mártires de su amor a la unidad americana, no trepidaron un instante en hacer suya nuestra causa en la manera de vindicar nuestros agravios; por que ellos comprendieron que en la Union está la fuerza de la América i que la duracion de nuestra vida política será a medida que estrechemos mas i mas los lazos de fraternidad con que nos unió la Providencia. A la verdad, la misma fé, el mismo idioma i los mismos intereses, naturalmente deben llevarnos tambien al mismo fin. ¿I ese fin, señores, no es la grandeza de la América basada sobre la justicia i el derecho?—Medio siglo de aislamiento i division debilitaron i casi aniquilaron aquellos vínculos que eran tambien el título en que descansaba la esperanza de nuestro porvenir. El peligro ha hecho palpar los sérios inconvenientes del aislamiento i la historia nos recuerda la grandeza gloriosa de la union. ¡Antigua Colombia! tierra clásica de los mas grandes capitanes de la independencia americana, decidnos: ¿no fué ella el mas firme propósito de vuestro ilustre fundador? Esa Colombia poderosa por la union, recordadlo, señores, arma ejércitos de valientes que recorren mil le-

guas dando patria i libertad a medio mundo. Mas, al contrario, mirad a unas repúblicas divididas de las otras i las vereis ofrecerse como presas de negras intrigas i de ambiciones bastardas.

¿Contemplásteis alguna vez lo que sucede en esas selvas espesas que colocó la mano de la Providencia en el continente americano? Uno de sus hermosos árboles queda separado del resto por la fuerza del aluvion, i el huracan aprovecha su aislamiento para convertirlo en blanco de sus violencias. Cae al fin tronchado; ¡pe-rece! miéntras la selva frondosa concerva sin mengua su belleza virjinal.

.....

Israel fué robusto miéntras sus doce tribus vinieron unidas a ofrecer sus víctimas en Jerusalem. Sus escudos i sus armas brillaron con terror de Madian i de la Siria, miéntras se conservó superior a todo interes mezquino i a toda ambicion personal. Mas la fortuna le abandona cuando Samaria se levanta contra Jerusalem i diez tribus se separan de la casa de Judá.—Los reyes de Asiria lo baten fácilmente; los Caldeos lo cautivan: sus armas i estandartes van a ostentarse en Babilonia como trofeos i muere al fin su nacionalidad bajo el peso de la dominacion romana. Confió Israel en Ejipto; dió fé a sus promesas; firmó con sus reyes alianza solemne, i Ejipto, le abandonó en la hora del peligro. La voz de sus profetas se lo previno. Israel no la escuchó.

“La América, para los americanos”. Ved ahí señores, una verdad que, puesta en práctica de una manera prudente, engrandecerá las secciones latinas del nuevo mundo.

Mas no solamente la union fué el objeto que consagraron muriendo los héroes del Callao, quisieron que ésta descansase sobre el respeto a las instituciones. La lei es el alma de la sociedad i apenas puede concebirse la existencia de ésta, donde la lei no impera vigorosamente. El despotismo repugnante, la odiosa tiranía son las consecuencias necesarias de su ausencia”. Dios aflige a los pueblos que necesitan correccion, permitiendo la decadencia de la ley que era el fuerte escudo de sus derechos. Nadie está llamado en la República a juzgar de la lei sino el mismo poder que la dictó. El buen ciudadano le consagra su obediencia i sumisión, aun cuando sea a costa de grandes sacrificios.

Una série de trastornos políticos, durante medio siglo, ha aniquilado en la conciencia de muchos americanos este espíritu de obediencia i sumision a las leyes. Vosotros conoceis las consecuencias del mal i yo ahondaria mas el pesar profundo que nos aqueja si quisiera haceros de él algun bosquejo. Sostener esa lei en presencia de un ejército extranjero que pretende conculcarla, morir combatiendo por ella, ved aquí el ejemplo heróico que necesitaba la América i que, imitado fielmente, ha de contribuir a su completa rejeneracion.

¡Caudillos de la guerra civil! alguna vez fuísteis llamados héroes por hombres de partido; pero vuestro sacrificio, cualquiera que fuese, distaba mucho de ser aquel que ns pide la patria. Venid i meditad en este que ofrecen las *víctimas del Dos de mayo*, i vuestra conciencia ilustrada comprenderá que merece bien quien respeta i obedece la lei que pudiera a mansalva quebrantar. Mas, entendedlo, católicos, la primera entre las leyes es la fé i sobre ésta fundaron los grandes hombres el edificio social.

El Perú, asi como la América toda, vió escandalizado el desacato práctico de esa fé en el bombardeo de Valparaiso en uno de los dias mas augustos para la relijion (3). El Perú i la América toda vió tambien con escándalo adoptado el suicidio como recurso en la adversidad, i ese Perú, repito, relijioso de corazon, alzando hasta el cielo la voz de su indignacion profunda, determina vengar los ultrajes inferidos a la relijion, la man santa de sus instituciones.

(3).—En 31 de marzo de 1866, dia Sabado Santo fué bombardeado Valparaiso.

¿Habeis contemplado, señores, el sendero que, muriendo por la patria, nos dejan marcado los héroes del *Dos de mayo*, i en cuya penosa travesia la union fraternal i el profundo respeto a las leyes, ha sido la brillante antorcha que los guió hasta llegar a su término? Que la fé de esos valientes sea también para vosotros el lazo que os una para imitar sus heróicas hazañas i ofrecer en las horas de prueba ese sublime sacrificio que solo es propio de las almas grandes i de los corazones nobles.

¡Víctimas ilustres del mas puro i ascendrado patriotismo! Que vuestros grandes ejemplos, grabados íntimamente en todo corazon americano, nos estimule a imitarnos!

Derramad, Divino Jesus, sobre sus almas vuestra preciosa sangre, que las purifique de sus manchas i las introduzca en la Jerusalem de paz; i vos, Pontífice venerable, repetid vuestros ruegos sobre el sagrado altar donde acabais de ofrecer por su espiacion el sacrificio de valor infinito.

• 1866.

(Se conservó la ortografía del original).

(Continuará).